

Antología de una "Generación sin nombre"

Escribe: JAIME FERRAN

—(ULTIMOS POETAS COLOMBIANOS)—

*Nunca pruebes —me dijo— del licor femenino
que es licor de mandrágoras y destila demencia;
si lo bebes, al punto morirá tu conciencia
volarán tus canciones, errarás el camino.*

Guillermo Valencia.

La mandrágora, junto a sus propiedades mágicas y afrodisíacas, podría quizás llegar a ser la más pura metáfora de la vocación poética. Cuando veo a un poeta joven —o a un grupo de ellos— imagino, por un instante, que ha bebido del licor de mandrágoras y por un instante temo por él —por ellos—. Sé que la búsqueda será incesante, que la conquista nunca será plena, que aun en los momentos que más se asemejen a la pura posesión, algo quedará oculto, que los brazos, al cabo, no estrecharán más que sombra. Pero pasado este momento, vuelvo a mirarlo —a mirarlos— con cariño de hermano, preso, como ellos, en las redes invisibles, que nunca se desenlazarán. Y entonces me alegra tener una ocasión como la de hoy, en la que puedo presentar a los lectores más exigentes de la poesía española, en esta esforzada colección que nos diera la mano a tantos cuando empezábamos a beber del licor de mandrágoras, a un grupo de voces nuevas, en este caso ultramarinas y colombianas, que a mí como antólogo se me antojan voces que van hacia el futuro y que un día serán la expresión más pura de su patria, que por una serie de circunstancias ha llegado a ser un poco la mía. Y entonces mi voz olvida el peligro y delira con ellos —aunque mi delirio intente ser suficientemente razonado, para que el sufrido lector de prólogos y demás aditamentos inútiles de la literatura pueda de algún modo seguirme en mi embriaguez disfrazada y un tanto profesoral y pedante, si al caso viene.

Hace unos años, en mi primera visita a Colombia, sentí la urgencia de expresar mi visión del primer español que allá llegara —o al menos del primer español que tuvo allí conciencia de fundación: Don Gonzalo Ximénez de Quesada. Visitando su tumba en la recoleta catedral rola, a orillas de la Plaza de Bolívar, vine a saber que repitiendo el gesto de Mañara, el Licenciado andariego y leproso que no había querido que su nombre fi-

gurara en su epitafio, en el que solo había de constar una lapidaria frase latina: *Expecto resurrectionem mortuorum*. Compuse para él, consecuentemente una "Elegía sin nombre" (1). Pasaron tres años y vine a encontrarme entre los hijos espirituales del Licenciado a una generación de escritores jóvenes que quería pasar también sin nombre a la historia literaria de su país, quizás porque querían aminorar con este gesto de humildad la tendencia un tanto grandilocuente que había llamado a las generaciones de sus mayores "los nuevos", "los piedracielistas", "los cuadernícolas", "los nadaístas"... Como su padre espiritual, lejano y letraherido, parecen querer dejar estos jóvenes sus huesos mondos y lirondos a la posteridad sin apelación alguna a la gloria y yo he respetado su decisión y les he llamado, como ellos se llamaron, "una generación sin nombre".

La trayectoria de la tradición poética inmediatamente anterior a mis innombrables está suficientemente estudiada para excusar aquí cualquier intento de resumen, pero no estará de más que señalemos el libro clave para entender la evolución de la poesía colombiana en nuestro siglo: el esforzado y valiente *Panorama* de Fernando Arbeláez (2). Antes de esta tradición inmediata un solo nombre: el de J. A. Silva bastaría para haber dado radiante carta de naturaleza a la poesía colombiana dentro de la hispánica. Pero hay otros, en quienes tampoco vamos a detenernos.

Nos centraremos, en cambio, en los nombres jóvenes que hoy se presentan aquí cronológicamente, para eliminar cualquier preferencia de antólogo caprichoso. Hablemos primero de su lenguaje, con las palabras de uno de los miembros de la generación que se ha doblado frecuentemente de crítico: "Hablemos de él: ese lenguaje todavía balbuceante —los precarios medios expresivos, las fallas gramaticales—, ofreciéndose como estilísticamente inepto, haciendo su aparición, en cualquier momento bajo el disfraz sonoro, asegura, con su negatividad la autenticidad de una voz que se busca, da vueltas, indaga sobre sí misma, gira, titubea incierta, y de pronto, súbita y esplendente —como dentro de toda verdadera poesía—, se ajusta al blanco, allí queda" (3).

Al hablar de su voz —de sus voces— lo que queda de ellas, para mí, es la expresión cotidiana e irónica de Agudelo, la "salvación del recuerdo" —como hubiera dicho nuestro común amigo Eduardo Cote Lamus— de Bonells, la justeza expresiva de Cobo-Borda, el acento ascendente —hasta el "último límite" de Jaramillo Agudelo, la concisión sangrada de Luque Muñoz, la poesía surgiendo como un Fénix continuo de la ceniza de la prosa —eco de Zalamea y de Mutis— de Miranda, el gesto escueto —casi cernudiana de Pinilla y el humorístico titubeo añorante de Restrepo, hasta el "bla, bla, bla"...

Hay un dato que no puede dejar de sorprender al lector español: me refiero a la extrema juventud de los miembros de la generación que nos ocupa. Existe, en Colombia, a mi modo de ver un proceso de maduración

(1) *Elegía sin nombre*, Jaime Ferrán, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1965.

(2) *Panorama de la nueva poesía colombiana*, Fernando Arbeláez, Ediciones del Ministerio de Educación, Imprenta Nacional, 1964.

(3) *13 poetas jóvenes*, J. G. Cobo-Borda, números 83-84 de "Arco", septiembre-octubre 1967, página 619.

acelerada que justifica el que presentemos hoy a poetas que tienen de 20 a 26 años de edad.

Podríamos explicar este hecho si nos detuviéramos un instante en el ritmo de aparición de las generaciones colombianas: nos daríamos cuenta entonces de que así como en España el período de quince años entre generación y generación que estableciera Ortega se cumple en nuestro siglo —que nos presenta la “Generación de 1913” o novecentista, la “Generación del 27” o del centenario gongorino, adelantándose únicamente la aparición precoz, por hechos extraliterarios, de la “Generación de 1936”, que después se compensa con una inmediata “Generación de postguerra”— en Colombia, como me hacían notar algunos de los miembros de la “Generación sin nombre”, el lapso intergeneracional es notoriamente más breve que entre nosotros. Así tomando como base el año 1926, fecha de aparición del libro *Suenan timbres* de Luis Vidales, que según Arbeláez (4) marca la aparición de *Los nuevos* se suceden en Colombia “los piedracielistas”, un grupo intermedio (5) entre aquellos y los posteriores “cuadernícolas” o Generación de Mito (6), después de la cual nos encontramos a “los nadaístas”, inmediatos antecesores de la generación que nos ocupa. Se advierte el ritmo apresurado de cambios generacionales que sería impensable entre nosotros y que justifica que hoy, a pesar de la extrema juventud de sus miembros podamos ver perfilarse en el horizonte poético colombiano, indeleble, pero inconfundible, el gesto de una nueva generación...

Volarán pues las canciones de mis jóvenes amigos colombianos, pero no errarán el camino. Yo los veo, desde ahora, en la compañía de los grandes reacios, entre los poetas de Colombia negándose a ser encasillados generacionalmente, en la compañía de José Asunción —a caballo entre romanticismo y modernismo— en la de Porfirio —el gran inclasificable—, en la de Aurelio Arturo —entre los “nuevos” y los piedracielistas—, en la de Mario Rivero —entre los nadaístas y ellos mismos... Me gusta verlos— ¿quién sabe por qué? —entre estos nombres que constituyen acaso el meollo de su mejor tradición... ¿Y por qué no? remontándose a los que tenemos en común, que son todos los hitos cimeros de nuestra propia poesía.

Porque hora es ya de que nos declaremos por la unidad de la lengua —y por lo tanto de la poesía— dentro de la que las provincias poéticas ultramarinas no están más alejadas que las peninsulares —o las insulares—... Hora es ya de que estos nombres que hoy se presentan en esta primer antología se consideren en España tan nuestros, como yo me sintiera en mi casa en su Bogotá, suspendido entre los picos andinos. Y porque hora es ya, sobre todo, de que cesen mis palabras en el umbral donde empiezan las suyas...

(4) Ob. Cit., página 8ª.

(5) Ob. Cit. Página 9ª. (“Inmediatamente después de *Piedra y cielo*, nos encontramos con un grupo de poetas formado por Jaime Ibáñez, Andrés Holguín, Elcías Martán Góngora, Eduardo Mendoza Varela, quienes en cierta forma continúan las tendencias del movimiento anterior, aun cuando en algunos de ellos, encontramos la apertura hacia la más nueva poesía colombiana...”).

(6) Esta generación, sobre todo a través de dos de sus miembros prematuramente desaparecidos: Eduardo Cote Lamus y Jorge Gaitán Durán, provee un enlace con las correspondientes promociones españolas de poetas de nuestra postguerra.

GRETA GARBO

No se sabe hasta dónde usted es su recuerdo,
su piel ahora requiere de masajes,
de la mano tierna de su criada;
por los balnearios públicos apenas si se le ve
una vez al año y en los diarios se lee
la descripción opaca de lo que se quiere mostrar
como una soledad bien llevada
lejos de cualquier afán publicitario.
El olvido como una manera de estar entre las cosas
de este mundo, la llena de insomnio,
su recuerdo al final de las tardes que la vida
ha convertido en una sola,
en una tormenta al borde de la fiebre
y de los decorados demasiado sabidos.
El tiempo es esa muerte a la cual usted da sus huesos
y los despachos internacionales no tardan en decirlo así,
es decir, que su sombra ha sido vista en este mundo
mientras descendía de un auto en las callejuelas de Roma
o que detrás de sus gafas oscuras
nada alcanza brillo, campo abierto.
Solo que a veces llueve
y usted evita resfriarse a todo trance
como cualquier anciano a sus años.

Elkin Restrepo.

EDUARDO

Bebe guare
de ojillos contraídos como ranura de alcancía
con brillito maligno
sonrisa-de-caballo
en la cara la expresión de "Canelo"
cuando viene con el rabo entre las patas
se amarra los pantalones con un mecate
y su mejor camisa es la camisa roja
de propaganda de motores Johnson
en las noches de verano
sale con un candil de kerosene a machetear laguneros.
Pinta con anilina en guacales blancos
sirenas junto a palmeras, casitas, pajaritos,
florecitas y las letras del abecedario paticojas
es maestro en el bordoneo de la guitarra
el rancho en que vivía se vino abajo
y con los desechos se hizo otro chiquitico
en el que canta por las noches corridos mejicanos.

William Agudelo.

*En el laberinto del agua que sube por los ojos,
o más allá del hueso del recuerdo, cuando la piel se torna azul
de tanto oír el lagrimeo de los árboles y la soledad habla pestes
entre unas manos sin fiesta.*

*Entre toda la desprevenida enfermedad del mundo y la danza de las
clínicas con sus respectivos enfermos oliendo a sueño,
un hombre viene a decirme que se morirá en la tarde;
que hará un viaje muy largo con sus hijos, con su mujer
encinta por el ocaso y paralítica en las desoladas instalaciones
de su sangre, donde una lívida sombra de sí misma la llamaba.
En todos los huecos sin tiempo. Enfrente de la palestra
de sus manos he visto la pesadilla de su cuerpo,
el vaho de las sábanas que ya nunca se podrá arrancar.
Cada movimiento de su amor era un dardo sin piernas.
Adonde vaya la soledad lo enrrollará con sus alambres.
Pero si un día se muriese, tal vez una sobra de vinagre,
una manotada de lamentos
lo embalsamaría sin pedirle nada, sin quitarle una sola lágrima.*

Henry Luque Muñoz.

LA ULTIMA NOCHE DE BRETON

*Noche diurna de baño de espíritu
y de totuma Andina en donde no cabe un silencio
noche de lluvia paralítica en la mitad del espacio
noche extranjera de luz cancerosa
de migas de tamal entre nidos de buitres
noche entre la trayectoria de un buque de papel
noche de corteza de aire
de siesta de estrellas bajo llanto de sauces
noche amortajada de nubes entre rosarios de luceros rebeldes
noche tímida de mejilla de alba sonrosada
y de muñeca rota de golpe de mamut
Noche de gelatina sobre un plato de peltre
noche de cartón entre dientes de ratas
y de ojo de ahogado en el eje del mar
noche inservible de navidad entre vahos
de epilépticas rumberas
Noche crucificada entre ladrón de sueños de espumas y de verdades.*

Alvaro Miranda.

SEGUNDO ANTI-POEMA

*y si miramos el mar y acercamos nuestro oído
a la canción, al sonido de los peces, echando
cuerpo a tierra.
y hacemos arena a nuestros pies o preguntamos
por la llegada de los pájaros.
o indagamos con nuestra mano la muerte de los*

*viejos piratas, mientras los hongos crecen
rojos sobre la piel, y pensamos en continentes
no descubiertos todavía, en islotes perdidos al
otro lado del pacífico o en el fuego de las batallas.
o por el contrario damos vueltas tomados de la
mano en interminable círculo de espíritus, habitando
extrañísimos lugares con nuestras almas, o
hacemos las veces de hombres cuerdos aunque imposibles.
o volvemos sobre nosotros y mantenemos nuestro ritmo,
o bien, descubrimos que al ángel le hace falta aire
para su vuelo, entonces es a él al que tendemos nuestra fuerza.*

David Bonells.

SIN PALABRAS

*El día se anuncia.
Los subterráneos son aterradores
como un instinto de conservación
hecho carne.
Así las calles.
Nada parece desmentirlo:
ni la ciudad abriéndose para tragar
la primera embestida que propicia.
Ni ese surco de mar de pronto abierto
y en seguida cerrado a su soberbia
perdiéndose de vista sus esclavos.
Nada.
Aquel de ojo único sobre cada
cabeza
puntuando los destinos
y preñando mujeres con guiños de ventana
desde su equidistancia en el vacío
abrirá cualquier sello.
Y para el sacramento sacrificio
cambio o moneda de repente vuelta
hombre muerto en la plaza o aclamado
viraje de campana en el estado de cosas
y nosotros
los que salen del arca los que tocan
tendrán a bien un preparar lo mismo.*

Augusto Pinilla.

DESPUES DE LA PALABRA

*Partamos el futuro como el pan.
Traguemos esperanza juntos
como quien ya solo por delante
tiene la horca.
Y vamos hasta el día
a padecer,*

—a flor de angustia—
este camino de sol,
esta sed de cada uno,
este cansancio.

MEMORIA I

La memoria:
avanza, retrocede,
construye el caos,
edifica una historia,
lava el alma,
retuerce lentamente los actos,
—color rosa, papel para regalo, cinta azul,
/envoltura—.

Darío Jaramillo Agudelo.

CAMAFEO

El esmalte de su voz
prolonga un ámbito de ceniza;
una diluída nostalgia
de venas azules.
Alguien perfila su ovalado marco.
Extiende sobre la cáscara del día
esa pátina incierta;
su tímida muerte
de caoba y olvido.
Ruido de sombras
y pasos sobre la esterilla.
Honda resonancia
por zaguanes enlajados.
Y las papayas
aromando
salones vacíos.

COLTRANE

ronca entraña desollada
congoja irreparable
bordeando el asombro
en la guillotina de sus labios
vibra una nota.
lenta catarata
en ascenso hacia la brisa:
arcoiris de terciopelo húmedo
emite. irradia. fulmina.
nos adentra en el instante:
alveolo de bruma.

J. G. Cobo-Borda.